

EXCLUSIVA
PRIMER CAPÍTULO

¡CUIDADO!
LECTURA
ADICTIVA

RBA MOLINO



R DE LOS NÚMEROS
OS SALVARÁ

EL ASCENSO DE NUEVE

PITTACUS LORE



RBA



EL ASCENSO DE NUEVE

LIBRO TRES DE LOS LEGADOS DE  LORIEN

PITTACUS LORE

Traducción de Magdalena Palmer

RBA



ESTE LIBRO DESCRIBE HECHOS REALES.

LOS NOMBRES Y LUGARES CITADOS SE HAN
MODIFICADO PARA PROTEGER A LOS LÓRICOS
QUE SIGUEN OCULTOS.

EXISTEN OTRAS CIVILIZACIONES.

ALGUNAS DE ELLAS PLANEAN DESTRUIROS.



CAPÍTULO UNO

«6A». ¿ES UNA BROMA? EN LA TARJETA DE EMBARQUE que tengo en la mano aparece el número de mi asiento en letras grandes; me pregunto si Crayton lo habrá elegido a propósito. A lo mejor es una coincidencia, aunque, después de los últimos acontecimientos, ya no creo demasiado en ellas. No me habría sorprendido que Marina se hubiera sentado detrás de mí, en la fila siete, y Ella algo más atrás, en la diez. Pero no, las dos se han dejado caer a mi lado sin decir palabra y, como yo, se han puesto a estudiar conmigo a todas las personas que iban subiendo al avión. Cuando te persiguen, siempre estás en guardia: ¡nunca se sabe cuándo pueden aparecer los mogadorianos!

Crayton entrará el último, cuando haya examinado a todos los pasajeros y considere que el vuelo es completamente seguro.

Subo el estor de mi ventanilla y contemplo al personal de tierra que se desplaza a los pies del avión. La ciudad de Barcelona es un perfil apenas visible en la distancia.

Marina, sentada a mi lado, no para de mover frenéticamente la pierna: arriba y abajo, arriba y abajo... La batalla de ayer en el lago contra un ejército de mogos, la muerte de su cêpan, encon-

EL ASCENSO DE NUEVE



trar su Cofre... y, encima, por primera vez desde hace casi diez años, se dispone a abandonar la ciudad donde ha pasado su infancia: está nerviosa.

—¿Va todo bien? —pregunto. Un mechón de cabello rubio me cae en la cara y me sobresalto: había olvidado que me lo había teñido esta misma mañana. Es solo uno de los muchos cambios de las últimas cuarenta y ocho horas.

—Todos parecen normales —susurra Marina, sin apartar los ojos del pasillo—. Por lo que veo, estamos a salvo.

—Vale, pero no me refería a eso.

Le pongo un pie encima del suyo y Marina deja de agitar la pierna en seco. Me dirige una breve sonrisa de disculpa y se enfrasca de nuevo en la vigilancia de todos los pasajeros que van subiendo al avión. Poco después, su pierna vuelve a trotar. Sacudo la cabeza, impotente.

Compadezco a Marina. Vivió encerrada en un orfanato aislado, con una cêpan que se negó a entrenarla: al parecer había perdido de vista por qué estamos aquí, en la Tierra. Procuro ayudarla a llenar sus lagunas. Conseguiré entrenarla para que aprenda a controlar su fuerza y a saber cuándo usar los legados que está desarrollando. Pero primero quiero demostrarle que puede confiar en mí.

Los mogadorianos pagarán por lo que han hecho. Por acabar con tantos de nuestros seres queridos, tanto aquí en la Tierra como en Lorien. Pienso destruirlos a todos, hasta el último: esa es mi misión personal, y me aseguraré de que Marina también se cobre su venganza. En el lago no solo ha perdido a Héctor, su



mejor amigo, sino que también ha visto morir a su cêpan asesinado delante de sus narices, como me ocurrió a mí. Ambas cargaremos con eso para siempre.

—¿Qué tal ahí abajo, Seis? —pregunta Ella, inclinándose sobre Marina.

Miro por la ventana. Los hombres que se encuentran a los pies del avión empiezan a retirar su equipo mientras hacen las comprobaciones de última hora.

—De momento, todo bien.

Mi asiento está encima del ala, cosa que me tranquiliza. En más de una ocasión he tenido que utilizar mis legados para sacar de apuros a un piloto. Una vez, en el sur de México, usé la telequinesia para inclinar el avión doce grados a la derecha pocos segundos antes de que chocara con la falda de una montaña. El año pasado, en Arkansas, salvé a 124 pasajeros de una brutal tormenta envolviendo el aparato en una nube impermeable de aire frío: cruzamos la tormenta como una bala.

Cuando el personal de tierra se traslada al siguiente avión, Ella y yo clavamos la mirada en el primer tramo del pasillo. Esperamos con impaciencia que Crayton embarque, la señal de que todo marcha bien, al menos por ahora. Todos los asientos están ocupados, salvo el de detrás de Ella. ¿Dónde está Crayton? Vuelvo a mirar por la ventanilla y examino el terreno en busca de algo fuera de lo normal.

Meto la mochila debajo del asiento. Como está casi vacía, se dobla sin dificultad. Crayton me la ha traído al aeropuerto. Nos ha dicho que tenemos que pasar por adolescentes normales, un

EL ASCENSO DE NUEVE



grupito de alumnas de viaje de estudios. Por eso Ella tiene un libro de biología en las rodillas.

—¿Seis? —pregunta Marina, que no deja de abrocharse y desabrocharse nerviosamente el cinturón.

—¿Sí?

—Has volado antes, ¿verdad?

Aunque Marina es solo un año mayor que yo, su mirada solemne y reflexiva y su nuevo peinado, un sofisticado corte de pelo justo por debajo de los hombros, le dan un aspecto de adulta. Sin embargo, ahora la veo morderse las uñas y llevarse las rodillas al pecho, como una niña asustada.

—Sí —le digo—, y no está tan mal. En realidad, si te relajas, es increíble.

Mientras espero aquí sentada, en el avión, me viene a la memoria mi cêpan, Katarina. No es que llegara a viajar en avión con ella, pero cuando yo tenía nueve años nos llevamos un buen susto en un callejón de Cleveland, donde un mogadoriano nos dejó temblando y cubiertas de una gruesa capa de ceniza. Después de aquello, Katarina me trasladó al sur de California. Nuestro destartalado *bungalow* de dos plantas estaba cerca de la playa, prácticamente bajo la sombra del aeropuerto internacional de Los Ángeles. Cada hora, unos cien aviones atronaban encima de nuestras cabezas, interrumpiendo las clases de Katarina y también el escaso tiempo libre que yo pasaba con mi única amiga, una chica flaca llamada Ashley que vivía en la casa de al lado.

Viví siete meses bajo esos aviones. Eran mi despertador por



la mañana: al amanecer tronaban directamente sobre mi cama. Por la noche surcaban el cielo como fantasmas siniestros que me susurraban que estuviese alerta, preparada para saltar de la cama y correr al coche en cualquier momento. Como Katarina no permitía que me alejase de la casa, los aviones también eran la banda sonora de mis tardes.

Precisamente una de esas tardes, mientras la vibración del enorme avión que sobrevolaba nuestras cabezas agitaba la limonada de nuestros vasos, Ashley dijo:

—El mes que viene iré a visitar a los abuelos con mi madre. ¡Me muero de ganas! ¿Has ido alguna vez en avión?

Ashley siempre hablaba de los lugares que visitaba y de las cosas que hacía con su familia. Sabía que Katarina y yo apenas nos alejábamos de casa, y le gustaba fardar.

—No del todo.

—¿Qué quieres decir con «no del todo»? O has ido en avión o no has ido. Vamos, admítelo. No te has montado nunca en ninguno.

Recuerdo que la cara me ardió de vergüenza. Ashley había dado en el clavo. Por fin reconocí:

—No, nunca he ido en avión.

Quise contarle que había viajado en algo mucho mayor, mucho más impresionante que un avioncito. Quería que supiera que había llegado a la Tierra en una nave del planeta llamado Lorien, tras hacer un trayecto de más de 150 millones de kilómetros. No lo hice porque sabía que tenía que mantener Lorien en secreto.



Ashley se burló de mí y, sin siquiera despedirse, se marchó a su casa a esperar a que su padre regresara del trabajo.

—¿Por qué no hemos viajado nunca en avión? —le pregunté a Katarina esa noche mientras ella observaba la calle a través de las persianas de mi dormitorio.

—Seis —me respondió, antes de corregirse—. Perdona, Veronica. Para nosotras es demasiado peligroso volar en avión: estaríamos atrapadas ahí arriba. ¿Sabes qué pasaría si, estando a kilómetros de altura, descubriéramos que los mogos nos han seguido a bordo?

Sabía exactamente qué pasaría. Podía imaginarme el caos, a todos los pasajeros gritando y escondiéndose bajo los asientos mientras un par de enormes soldados alienígenas corrían por el pasillo armados con espadas. Pero eso no quitaba que quisiera hacer algo tan normal, tan humano, como viajar en avión de una ciudad a otra. Desde que vivía en la Tierra, nunca había podido hacer cosas que para los otros niños de mi edad eran del todo cotidianas. No solíamos quedarnos el tiempo suficiente en un mismo lugar como para que tuviese la oportunidad de conocer a otros niños, ni mucho menos de hacer amigos; Ashley era la primera niña a la que Katarina me había permitido invitar a casa. A veces, si Katarina lo consideraba más prudente, como había ocurrido en California, ni siquiera iba al colegio.

Por supuesto, yo sabía que todo eso era necesario. Y, en general, no me molestaba. Pero Katarina se dio cuenta de que Ashley y sus aires de superioridad me habían molestado. El silencio que mantuve durante los días siguientes debió de impresionarla, por-



que, para mi sorpresa, nos compró dos pasajes de avión a Denver. El destino era lo de menos; ella sabía que yo quería vivir aquella experiencia.

Se lo conté a Ashley de inmediato.

Sin embargo, el día del viaje, ya delante del aeropuerto, Katarina dudó. Parecía nerviosa y se pasaba la mano por sus cortos cabellos negros, que se había teñido y cortado la noche anterior, poco antes de hacerse un nuevo documento de identidad. Una familia de cinco miembros nos adelantó por la derecha arrastrando el pesado equipaje, mientras, a nuestra izquierda, una madre llorosa se despedía de sus dos hijas. Yo solo quería unirme a ellos, formar parte de aquella escena cotidiana. Katarina seguía observando a cuantos nos rodeaban y yo empecé a impacientarme.

—No —dijo Katarina por fin—. No vamos. Lo siento, Veronica, pero no vale la pena.

Regresamos en silencio, dejando que los atronadores motores de los aviones que se elevaban por los aires hablasen por nosotras. Cuando llegamos a casa y salimos del coche, vi a Ashley sentada en los escalones de su portal. Mientras yo cruzaba la acera hacia mi puerta, me miró y pronunció la palabra «mentirosa». La humillación fue más de lo que podía soportar.

Pero la verdad es que sí era una mentirosa. Qué irónico. No había hecho más que mentir desde mi llegada a la Tierra. Mi nombre, de dónde venía, dónde estaba mi padre, por qué no podía quedarme a dormir en casa de otras chicas... Mentir era todo lo que conocía y lo que me mantenía con vida. Pero cuando Ash-



ley me llamó mentirosa justo cuando había dicho la verdad, me enfadé muchísimo. Subí a mi habitación hecha una furia, cerré de un portazo y di un puñetazo a la pared.

Sorprendentemente, mi puño la atravesó.

Katarina abrió la puerta de inmediato, blandiendo un cuchillo de cocina y dispuesta a atacar. Creyó que ese alboroto era cosa de los mogos. Cuando vio lo que le había hecho a la pared, comprendió que algo había cambiado en mí y, tras bajar el cuchillo, me sonrió.

—Hoy no es el día que subirás a un avión, pero sí el que empezarás a entrenar.

Ahora, siete años después, recuerdo la voz de Katarina sentada en este avión con Marina y Ella: «Estaríamos atrapadas ahí arriba», pero ahora estoy más preparada que nunca para esa posibilidad, mucho más de lo que lo habíamos estado Katarina y yo en aquellos tiempos.

He volado muchas veces desde entonces y todo ha ido bien. Sin embargo, esta es la primera que no uso mi legado de invisibilidad para subir a bordo. Ahora sé que soy mucho más fuerte y cada día que pasa aún lo soy más. Si un par de soldados mogos me atacase desde la parte delantera del avión, no se enfrentarían a una dócil jovencita. Ahora sé de lo que soy capaz; ahora soy una soldado, una guerrera. Soy alguien a quien temer, no a quien cazar.

Marina relaja las rodillas, se incorpora y suelta aire. En un susurro apenas audible, murmura:

—Estoy asustada. Quiero despegar.



—Todo irá bien —respondo en voz baja.

Me sonrío y le devuelvo la sonrisa. Ayer, en el campo de batalla, Marina demostró ser una potente aliada que dispone de legados sorprendentes. Puede respirar bajo el agua, ver en la oscuridad y curar a los heridos y enfermos. Como todos los guardianes, también tiene telequinesia. Y, debido a nuestra proximidad numérica —yo soy el Número Seis y ella, el Siete—, estamos unidas por un vínculo especial. Si el hechizo todavía existiera y aún tuvieran que matarnos en orden, los mogadorianos deberían haber acabado conmigo antes de ir a por ella. Y conmigo nunca habrían podido.

Ella está sentada en silencio al otro lado de Marina. Mientras seguimos esperando a Crayton, abre el libro de biología que tiene en el regazo y se queda mirando fijamente las páginas. Nuestra tapadera no exige este nivel de concentración y, cuando estoy a punto de decírselo, me doy cuenta de que no está leyendo: intenta pasar mentalmente la página con telequinesia, pero no lo consigue.

Ella es lo que Crayton llama una aeternus, alguien nacido con la capacidad de cambiar de edad a voluntad. Pero sigue siendo joven y sus legados todavía no se han desarrollado. Lo harán a su debido tiempo, por muy impaciente que esté.

Ella llegó a la Tierra en otra nave de cuya existencia yo no había oído hablar hasta que John Smith, Número Cuatro, me dijo que la había visto en sus visiones. Ella era solo un bebé, lo que implica que ahora estará a punto de cumplir doce años. Crayton dice que él es su cêpan no oficial, porque no hubo tiempo



para que lo designaran oficialmente. Como todos nuestros cêpan, tiene el deber de ayudarla a desarrollar sus legados. Nos dijo que también había una pequeña manada de quimeras en su nave, animales lóricos capaces de cambiar de forma y luchar con nosotros.

Me alegra que nos acompañe. Después de la muerte de los Números Uno, Dos y Tres, solo quedamos seis. Con Ella, somos siete. Siete es un número de la suerte, si crees en ella. Yo, no. Yo creo en la fuerza.

Por fin Crayton aparece en el pasillo con un maletín negro. También lleva gafas y un traje marrón que le queda demasiado grande. Una pajarita azul asoma bajo su barbilla prominente. Se supone que es nuestro maestro.

—Hola, chicas —saluda, deteniéndose junto a nosotras.

—Hola, señor Collins —responde Ella.

—El vuelo está completo —dice Marina.

Es un código que indica que el pasaje parece correcto. Para decirle que en tierra todo parece normal, añado:

—Creo que intentaré dormir.

Él asiente con un gesto y se sienta detrás de Ella. Inclínandose entre Marina y Ella, nos aconseja:

—No desperdiciéis el tiempo en el avión. Estudiad mucho.

Eso significa: no bajéis la guardia.

Al principio, cuando nos conocimos, no supe qué pensar de Crayton. Es severo e irascible, pero tiene buen corazón y su conocimiento del mundo y de lo que en él sucede es increíble. Oficial o no, se ha tomado su papel de cêpan muy en serio. Dice



que daría la vida por cualquiera de nosotras. Daría lo que fuera con tal de derrotar a los mogadorianos, lo que fuera con tal de vengarnos. Creo ciegamente en él.

Sin embargo, estar en este avión rumbo a la India no me hace feliz. Mi intención era volver a Estados Unidos lo antes posible, con John y Sam. Pero ayer, mientras contemplábamos la matanza del lago desde lo alto de la presa, Crayton nos dijo que Setrákus Ra, el poderoso líder mogadoriano, pronto llegaría a la Tierra, si es que no había llegado ya; la presencia de Setrákus indica que los mogadorianos nos consideran una amenaza, así que es razonable pensar que intensificarán su campaña para matarnos. Setrákus Ra es más o menos invencible. Solo Pittacus Lore, el más poderoso de todos los Ancianos de Lorien, habría sido capaz de derrotarle. Estamos horrorizadas. ¿Qué implicaba para todos nosotros que él fuese invencible? Cuando Marina lo preguntó, cuando preguntó si alguno de nosotros tenía la menor probabilidad de derrotarle, Crayton nos dio una noticia aún más sorprendente, algo que se había confiado a todos los cêpan. Uno de los guardianes —uno de nosotros— tenía los mismos poderes que Pittacus. Uno de nosotros llegaría a ser tan fuerte como lo había sido él y podría derrotar a Setrákus Ra. Solo teníamos que esperar que ese guardián no fuese Uno, Dos o Tres, sino alguno de los que seguían con vida. En tal caso, teníamos una opción. Había que aguardar y ver quién era, así como mantener la esperanza de que esos poderes se revelaran pronto.

Crayton cree haber encontrado al guardián que tiene los poderes de Pittacus.



—He leído que en la India hay un chico con poderes extraordinarios —nos dijo entonces—. Vive en las cimas del Himalaya. Algunos creen que es la reencarnación del dios hindú Vishnu, otros lo consideran un impostor extraterrestre capaz de alterar su apariencia física.

—¿Como yo, papá? —había preguntado Ella. Su relación paterno-filial me pilló desprevenida. No pude evitar sentir celos; celos de que Ella todavía tuviese un cêpan, alguien a quien recurrir en busca de consejo.

—No cambia de edad, Ella. Se transforma en animales y otros seres vivos. Cuanto más leo acerca de él, más creo que es un miembro de la Guardia y que quizá sea el poseedor de todos los legados, el que puede enfrentarse a Setrákus y derrotarlo. Hay que encontrarlo cuanto antes.

Ahora mismo no me apetece embarcarme en la ciega búsqueda de otro miembro de la Guardia. Sé dónde está John, o dónde se supone que está. La voz de Katarina insiste en que siga mi instinto, me dice que debo comunicarme con John por encima de todo. Es la decisión menos arriesgada. Sin duda, es menos arriesgado que volar por el mundo basándome en una razonada de Crayton y algunos rumores de Internet.

—Podría ser una trampa —sugerí—. ¿Y si han colado esas historias para que las encontremos y hagamos exactamente lo que estamos haciendo?

—Entiendo tu inquietud, Seis, pero confía en mí; soy un maestro en eso de infiltrar historias en Internet. No es una trampa: hay demasiadas fuentes que hablan de ese chico en la



India. No ha huido ni se ha escondido; se limita a estar ahí y, al parecer, es muy poderoso. Si es uno de vosotros, debemos encontrarlo antes que los mogadorianos. Nos reuniremos con Cuatro en Estados Unidos en cuanto hayamos terminado este viaje —aseguró Crayton.

Marina me miró. Quería encontrar a John tanto como yo; había estado siguiendo sus hazañas en Internet y su intuición le decía que era uno de los nuestros, algo que yo le había confirmado.

—¿Lo prometes? —le preguntó a Crayton. Él asintió.

La voz del piloto me saca de mi ensueño. Estamos a punto de despegar. Me muero por modificar la ruta del avión y dirigirlo al oeste de Virginia Occidental, donde están John y Sam. Espero que se encuentren bien. Me imagino a John en la celda de una prisión. No tendría que haberle hablado de la base mogadoriana de la montaña, pero John quería recuperar su Cofre y me fue imposible convencerle de lo contrario.

El avión rueda por la pista y Marina me agarra de la muñeca.

—Ojalá Héctor estuviese aquí. Seguro que se le ocurría algo para hacerme sentir mejor.

—No te preocupes, nos tienes a nosotras —repite Ella, tomándola de la mano.

—Y ya se me ocurrirá algo para que te sientas mejor —añado.

—Gracias —dice Marina, aunque más que un agradecimiento parece un hipo atragantado. Dejo que me clave las uñas en la muñeca. Le dedico una sonrisa de ánimo y, al cabo de un instante, ya estamos en el aire.



ELLOS

SABEN QUE EL HECHIZO SE HA ROTO.

ELLOS

SABEN QUE SOLOS SOMOS VULNERABLES.

ELLOS

ESTÁN DECIDIDOS A ENCONTRARNOS
ANTES DE QUE NOS REUNAMOS.

NOSOTROS

DEBEMOS UNIRNOS.

NOSOTROS

NO PODEMOS FALLAR.

NOSOTROS

SOMOS LA ÚNICA ESPERANZA
DE LORIEN Y LA TIERRA

DEBEREMOS LUCHAR Y
DEBEREMOS GANAR.

NOSOTROS ESTAMOS DISPUESTOS
A SACRIFICARLO TODO.

EXCLUSIVA
PRIMER CAPÍTULO

¡CUIDADO!
LECTURA
ADICTIVA

RBA MOLINO

www.legadosdelorien.com



9 788427 204201

www.rbalibros.com

RBA MOLINO